

MONTEVIDEO,  
O LA BREVE HISTORIA  
DE UNA  
HISTORIA INTENSA

1956

---

## MONTEVIDEO, O LA BREVE HISTORIA DE UNA HISTORIA INTENSA

(Escrito para una audición radial de Tribuna Libre por la Radio Nacional de Agricultura de Santiago de Chile.

La erudición tardará unos años, de seguro, en aceptar definitivamente, como todo hace pensar que terminará un día por hacerlo, que, como acaba de revelarlo Roberto Levillier con compulsas exhaustivas de documentos y de mapas de primera mano, fué Américo Vespucio quien descubrió el Río de la Plata en su tan discutido tercer viaje (el de 1501-1502, llevado a cabo por cuenta de Portugal), viaje del cual, por la prioridad de Vespucio en concebir genialmente que estas tierras pertenecían a un nuevo continente y no eran una parte de Asia, habría surgido en buena ley, y no por usurpación de la gloria de Colón, el nombre de América, inventado luego por Walsseemüller, el célebre Hylacómilo de Saint-Dié: de América "la bien llamada", como hoy la proclama Levillier; que fué el lugar que un día se llamaría Montevideo el que, a mediados de Marzo de 1502, habría elegido el ilustre florentino para detener sus carabelas, por la vista de su cerro, aunque sin descender a tierra, y que fué precisamente a ese cerro al que, para memoria aterna de esa detención, llamó "Pinachullo Dententio".

En tanto, también la erudición sigue todavía pesando y sopesando las interpretaciones viejas y las nuevas sobre el origen y significado de este nombre eufónico y singular, Montevideo: las del Monte Vidi, del Montem vidi y del Monte vidi eu, expresiones latinas o portuguesas con que Magallanes habría celebrado la vista de un monte a su derecha mientras remontaba el estuario que pocos años antes había descubierto Vespucio, o, si se persiste en negar el viaje de éste, Nuño Manuel y Juan de Lisboa, y, en todo caso, Juan Díaz de Solís; las exégesis cartográficas de las variantes Monte de Santo Ovidio, Monte Serede, Monte se vede, Monte Seredo, Monte Seride, Monte Serido, Monte Vidio, Monte Vidío y Monte Vedio, que figuran en mapas antiguos, y las otras variantes, inventadas y aún documentadas en papeles de época, en las que, tanto como en las cartográficas, se deleitó más que nadie, e interminablemente, hasta llegar a treinta y seis hipótesis, el Dr. Buenaventura Caviglia con finísimo ingenio y no poco buen humor, y entre las cuales aparece la traducción del nombre

ya totalmente escrito con todas sus letras actuales como significando Monte sexto destas Indias Occidentales, o, todavía mejor, Monte sexto de Este a Oeste (Monte VI de E. O.); y la más peregrina de todas, la indígena-arqueológica que lo relaciona con los montones de piedra que el charrúa construía para fines religiosos, como lo sabemos hoy, pero que la tradición llama **vichaderos**, porque los creía observatorios guerreros para espiar al enemigo, de donde se derivaría Monte vicheo. Y la fantasía podría seguir, todavía, para buscar otro orden de fuentes, ensayando semejanzas fonéticas con toponímicos de terminación idéntica, como los de Ribadeo y Vegadeo, que señalan relaciones de lugar con el río Eo, de Galicia; con el propio río Eo, o, mejor, con otros nombres compuestos en que, idénticamente, pueda entrar, al final, la misma contracción que él forma toda vez que lo preceda la preposición **de**; o como el célebre puerto vasco de Bermeo, o como el sitio de Berceo, en Logroño, patria del poeta simple del medioevo castellano que pedía por premio único para su verso "un vaso de bon vino", o como la villa de Vicheu, en Portugal, a cuya memoria pudo consagrar un marino portugués el monte que acababa de descubrir.

Todo esto y aún más podrá seguir haciendo la erudición con el nombre de la más joven de las capitales de la América latina. Pero cuando, el 20 de Enero de 1724, hace hoy 225 años, las tropas españolas enviadas por el Capitán General de Buenos Aires don Bruno Mauricio de Zabala entraban en la península de Montevideo, al mando del capitán Alonso de la Vega, tras la fuga del portugués que había intentado apoderarse de ella desde el Noviembre anterior y comenzado la construcción de terraplenes como base de fortificaciones, el nombre de Montevideo figuraba ya, desde hacía muchísimos años, en mapas, en Reales Cédulas, memorias y descripciones de viajeros y marinos, notorio y atractivo para la codicia del Portugal vecino, para los planes de defensa de esa frontera peligrosa del Imperio Español que las guerras y los tratados no acababan nunca de fijar, tierra adentro, hacia el Norte del Río de la Plata, y para el afán con que navegantes y piratas venían en demanda del mejor puerto de toda la región: del único gran puerto natural, abrigo seguro contra tempestades y asiento cómodo para las correrías de internación en busca de las riquezas que ya representaba la corambre en los campos feracísimos y risueños de verde ondulación que hacían de más en más famosa la prodigiosa abundancia ganadera de la Banda Oriental o Vaquería del Mar.

El nombre de Montevideo estaba así estampado, incluso con su inesperada sustitución por el de Monte de San Pedro, que le die-

ra en 1531 el portugués Pero López de Souza, y que no prosperó ni llegó a pasar a mapa alguno, en toda esa hoy venerable papelería, y su fama corría, además, de boca en boca, por el relato de los hombres de mar y los aventureros. Y, sobre todo, estaba allí la gracia suave de su cerro, su monte epónimo, accidente minúsculo en tamaño (más minúsculo, todavía, cuando se le evoca desde Chile, junto a los Andes gigantescos), pero que la naturaleza creó con la regla de oro de las líneas mejor tendidas con que pueda construirse un cono de poca altura y amplia base haciendo descender sus faldas, desde la cumbre, no en secas rectas, sino cuanto es menester, en curvas levísimamente cóncavas o convexas, luego alargadas y de más en más desparramadas hacia el plano sensiblemente uniforme de la llanura, del mar y de la redondez casi perfecta de la bahía, que lo circundan por allá, por aquí, y por este otro lado.

El viajero francés Feuillé, que en 1708 bajara a tierra e instalara tiendas de campaña y hornos para cocer pan en el actual Montevideo, gustaba subir al Cerro, y escribió: "Desde su cima veíamos toda la parte sur terminada por las aguas del río. Del lado Norte una dilatada planicie esmaltada de flores y cuyos colores diversos producen un conjunto admirable, se extiende hasta perderse en el horizonte, confundido con el cielo. Difícil sería juzgar su tamaño. Sus habitantes son innumerables toros, vacas y caballos, que en tropas de doscientos o trescientos pastan o mantienen entre sí luchas continuas".

Hernandarias, el gran paraguayo profético, viniendo por tierra a comienzos del siglo XVII, vió el Cerro, pero desde atrás, y, sin haber llegado a percibir la bahía, había columbrado quizás la grandeza de una ciudad futura, edificada sobre un puerto cuyas excelencias ponderó, pero que no sería el actual porque estaría situado hacia su lado opuesto y a la espalda de la metrópoli de hoy: el pequeño estuario que forma la barra del río Santa Lucía.

Pero el sitio elegido por Zabala era el que el futuro habría de confirmar.

Ese 20 de Enero de 1724, cuyo 225 aniversario recuerdo hoy emocionado desde la capital hermana de Chile, en que comenzó a ser habitada permanentemente nuestra península por castellanos y en que la lengua limpia, fuerte y rectora de nuestros mayores no cesó más de servir de vínculo al progreso y a ideas cada vez mejores, señala, no la fundación misma, que no existió jamás como acto único, sino el inicio de lo que debe llamarse proceso fundacional de Montevideo. Fundación orgánica llama acertadamente Azarola Gil a su primer período, en el que,



sin contar a los elementos militares, que lo abrieron en tal día como hoy, tuvo lugar la llegada sucesiva de las seis familias pobladoras que vinieron y quedaron de Buenos Aires en 1726; las del genovés Jorge Burgues, del francés Juan Bautista Caillos, del aragonés Juan Antonio Artigas, futuro abuelo de nuestro prócer máximo, de los porteños Sebastián Carrasco, José González de Melo y Bernardo Gaytán, familias que habían venido siguiendo, a más de dos años de distancia, a las tropas de Alonso de la Vega, a las naves de Salvador García Posse, a la persona misma de don Bruno Mauricio de Zabala, el fundador, que dirigía por momentos las cosas en el propio lugar, y a los mil indios tapas traídos de las Misiones para construir las fortificaciones. Es todavía durante la fundación orgánica que se avecindó la primera de dos remesas de familias traídas de las Canarias por Alzaybar: la que arribó el 19 de Noviembre de 1726.

Imaginemos ese conglomerado que convivía bajo los precarios toldos y ranchos de cuero, las pocas casas de adobe y techo de paja y las dos únicas de piedra cubiertas de teja de don Jorge Burgues y de Jerónimo Pistolete, junto a "una capilla pequeña y la habitación de los Sujetos de la Compañía de Jesús", como dice el acta . . .

Fundación jurídica serían, quizás, el auto de Zabala de 28 de Agosto de 1726 que al fijar para los futuros pobladores privilegios que sobrepasaban a los establecidos por las leyes de Indias creaba el fuero de la ciudad, o el reparto de tierras y señalamiento de término y jurisdicción hechos el 24 de Diciembre de 1726, de mandato de Zabala, por don don Pedro Millán, o la creación del Cabildo, por auto de Zabala, el 20 de Diciembre de 1729, o el nombramiento de los primeros cabildantes hecho por el mismo el 29 de Diciembre del propio año, o la toma de posesión efectiva de sus cargos por los Alcaldes y regidores así nombrados el 19 de Enero de 1730.

Casi seis años había durado, pues, el proceso fundacional que se iniciara el 20 de Enero de 1724.

En la nómina de los primeros pobladores figuran ya, empadronados con sus familias, dos chilenos: Ambrosio Mardones, santiaguino, y Juan de Sosa Mascareño, natural de Concepción, que casa con una canaria y llegará con los años a ser electo Alcalde de primer voto.

¿Será este aporte de sangre chilena a nuestro embrión social lo que vino a devolver, en tributo de cultura y de civismo y dando un hijo que muriera por Chile, siglo y medio más tarde, nuestro Juan Carlos Gómez?

Ello es que la pobreza inicial, que castigó por igual a todos, y de que participaron aquellos chilenos, no obstante haberse adjudicado a cada poblador un sitio para construir obligatoriamente su vivienda en la planta urbana, y una chacra y una estancia en sucesivas zonas del campo, en el que pastaban ganados que no producían otro beneficio que la carne para comer, pues no había ningún comercio, ya que los cueros no encontraban posibilidad de exportarse porque el puerto estaba cerrado por la ciega tiranía económica de un régimen todavía torpe, fue dando lugar, a saltos, a nuevas formas de bienestar al ritmo de las etapas que van sobreviniendo, de apertura y liberación del puerto, porque las excelencias de Montevideo como gran puerto natural del Río de la Plata acabarán por imponerse frente a las dificultades que ofrecía Buenos Aires para el acceso de los barcos, obligados a costosos trasbordos desde dos o tres leguas de la costa en lanchones o en carretas, y porque la política de fomento marítimo de ultramar de los Borbones viene en su ayuda. Montevideo será un día declarado punto terminal del correo mensual que se implanta desde España para el Río de la Plata, con prescindencia de Buenos Aires, será otro día punto terminal también del registro para el Río de la Plata, otro día escala y registro obligatorios de las naves que seguían para el Callao, y otro día será abierto, junto con Buenos Aires, como puerto mayor, por el Reglamento del Comercio Libre de 1778 que, manteniendo el monopolio español, abría no obstante 13 puertos de la Península y Canarias y 24 de América para el tráfico marítimo. Como todo el comercio es de retorno, la importación de efectos trae aparejada la exportación de fruta, y los cueros, las grasas, los sebos, las astas, las cerdas y las crines de la Banda Oriental tienen salida por nuestro puerto. En 1791 Montevideo recibe el monopolio del comercio negrero para todo el sur del continente: Río de la Plata, Chile y Perú. El inhumano ramo de negocios, que oprime el corazón de la posteridad, pero que todas las naciones civilizadas se disputaban entonces, da nuevo impulso, un enorme impulso, a nuestra economía, pues además de incorporar brazos para la producción y de dejar gruesos saldos en metálico por la reventa y la reexportación de esclavos a las demás zonas comprendidas en su privilegio, es igualmente comercio de retorno y fomenta por ello en grande escala la salida de frutos, es decir, de la corambre y demás renglones afines ya aludidos. Montevideo y con él la campaña oriental entera, que le es económica, ya que no políticamente dependiente en total, son cada vez más los hijos ubérrimos de su puerto, y se benefician de lo que se ha llamado una crisis de progreso, crisis intensa que no termina más.

Ya en 1778 el Síndico Procurador General del Cabildo, don Mateo Vidal, oscurecía el desarrollo de la frase, en su emoción, para ponderar el crecimiento de la patria lugareña, exaltando "el estupendo aumento de habitantes y concurrentes con que logramos un servicio y abasto de quanto conduce á la vida humana adelantandose El lustre y fomento de nuestro suelo con admirable curso, haviendolo conocido nosotros mismos entre sombras de triste Aldea y confusisimos diremos de ciudad máxima", y en 1787 el Doctor Pérez Castellano, en una carta célebre, da cuenta del empuje general de las cosas, en esta ciudad ahora de techos de teja, y casas de azotea, en términos que hoy se han hecho clásicos. En esos años han nacido las primeras grandes fortunas, aún antes del apogeo del comercio negrero. Juan Francisco de Aguirre señaló en 1783 la existencia de tres de más de cien mil pesos.

Era ese el Montevideo colonial, ciudad amurallada, residencia de estancieros, plaza fuerte, presidio, puerto, y, finalmente, Comandancia de Marina del Río de la Plata, con jurisdicción, en esa materia, independiente del Virrey y del Consulado de Buenos Aires, que abarcaba todo el estuario y se alargaba, por un lado, hasta incluir al río Paraguay, y por el otro las islas Malvinas.

José Artigas, que ha nacido en ese Montevideo todavía cerrado en 1764, es el testigo ciudadano de todos esos progresos, no obstante sus prolongadas salidas al campo. Acaso ha leído, en los inviernos de su juventud ya próxima a la madurez, que pasa en la ciudad, algunos de los setecientos volúmenes que componen una biblioteca de intenso tinte enciclopedista que estuvo, de tránsito, en la propia casa paterna, en que vive, en manos de su padre, don Martín José Artigas, también montevideano, en calidad de depósito, hasta 1791.

Dámaso Antonio Larrañaga, montevideano igualmente, es en cambio el testigo científico de ese mismo proceso. En 1803, el que llegará a ser el primer sabio naturalista de su época en el Río de la Plata, concurre noche a noche a un minúsculo cenáculo en una librería. (No creáis demasiado al oficial inglés que afirmó no haber encontrado en ella, en 1807, más que libros de misa: el inventario de esa librería, y muchos otros inventarios más, que conservan nuestros archivos, lo desmienten totalmente).

Y no son éstos los únicos signos de nuestra incipiente cultura, ni lo fueron los varios artistas que don Pernetty encontró en Montevideo en 1768, ni el aula de Filosofía inaugurada por los franciscanos en 1786, ni la medición, insuperada en la historia de la astronomía, del paso de Mercurio por el disco solar hecha desde su rada, en 1794, por Alcalá Galiano, integrante ilustre de la expedición de Malaspina, ni la Casa de Comedias fundada en

1795: la polémica sobre lucha de puertos entre Montevideo y Buenos Aires que se ventiló allí en la prensa y en manuscritos que recorrían las tertulias, fué sostenida, desde cada una de las dos ciudades, por un poeta: Labardén allí, Prego de Oliver acá. Y dos poetas más tendría el Montevideo de las postrimerías coloniales, fray Juan Francisco Martínez y la juventud de Francisco Acuña de Figueroa.

En aquel mismo 1803, los negros de Montevideo, confirmando amagos denunciados ya en 1800, inician un alzamiento claramente inspirado en ideas de la Revolución Francesa, que recogían, traducidos sin duda a lenguas africanas, de los labios abultados de sus hermanos soberbiamente rebelados en Haití y de los que llegaban frecuentísimamente en cargamentos de buques franceses hasta nuestro puerto, en el que fermentaban, concomitantemente, vagas inquietudes sociales: también esos mismos días de 1803 vieron producirse en la tripulación de un barco portugués surto por algún tiempo en la bahía la primera huelga de brazos caídos ocurrida en el país, porque los marineros exigían una nueva contrata, que de ese modo llegaron a arrancar al patrón, aunque éste obtuvo luego fuera judicialmente anulada, para que se les pagase un salario "al uso de la tierra". (Doce pesos por mes se les pagaba en el navío portugués, y dieciséis era la costumbre de Montevideo, a la que así buscaban acogerse).

En 1807 Montevideo cae por varios meses bajo el dominio del invasor inglés después de una resistencia heroica de muchos días, y ve editar por los conquistadores el único periódico escrito en inglés, pero con su paralela traducción al castellano, que haya visto la luz en toda la América hispana durante el dominio español. Sus columnas pregonan la libertad de comercio, y en él escribe una poetisa británica, María Theresa, enigma literario que no hemos logrado descifrar y que sacude con lirismo fuerte las tormentas oceánicas y las del alma, y las lejanías de un orientalismo indú, que la señalarán un día entre los precursores del romanticismo.

A poco de rescatada por el esfuerzo libertador del pueblo de Buenos Aires, al cual un año antes el pueblo de Montevideo había a su vez contribuido a reconquistar con la sangre de sus hijos, nuestra ciudad instala, tras un cabildo abierto amplísimo, de pueblo que llenaba la plaza mayor y al cual concurrieron hasta algunos negros, el 21 de Setiembre de 1808, la primera Junta de Gobierno que se haya instituido en América como brote de las peninsulares en la lucha común contra Napoleón. Amplísimos habían sido, desde mediados del siglo XVIII, los cabildos abiertos montevidianos. Pocas veces era limitada por invitaciones, o ci-



ñéndola a la sola clase de los vecinos, su composición. Hubo uno para el que se convocó, por palabras expresas, "a todos los vecinos, habitantes, estantes y trashumantes, sin distinción de clases", y varios a los que concurren mujeres. Para este de 1808 se llamó, sin restricción alguna, a los "habitantes de Montevideo", y él dio frutos dignos de tamañas raíces democráticas. En la fundación doctrinaria de la creación de la Junta, el doctor Magariños sostiene que el poder del pueblo es superior a las leyes, el doctor Pérez Castellano defiende la igualdad de derechos entre españoles americanos y europeos, el doctor Elías dice que los reales rescriptos suelen padecer sus falencias, el doctor Lucas Obes aconseja igualmente obedecer y no cumplir, como se hizo en efecto, y recuerda el origen popular de los reinos, la celebración de pactos y condiciones con que el pueblo traspasó a los reyes la soberanía, y la reversión de la soberanía al pueblo por la destronación de Fernando; y la Junta misma, sin negar que la constitución de España fuera monárquica, expresa textualmente, invocándolo como modelo, que la península está gobernada actualmente por "una respetable, temida y venerable democracia de los más intrépidos y fuertes varones del Imperio".

La doctrina de la Revolución, que Quito desarrollará con brillo inigualado por la pluma de Quiroga en 1809, y toda América por muchos otros próceres en 1810, estaba, pues, íntegra, y quizás aun más audaz, en la Junta de Montevideo de 1808.

Frustrada, dos años más tarde, la voluntad de su pueblo de unirse a la Revolución de Mayo, caídos sucesivamente el Virreynato y la Capitanía General de que el coloniaje agonizante hace sede a Montevideo, tras dos sitios puestos a la ciudad por los patriotas en que la figura de Artigas se agiganta y llega a formular, frente a sus muros, el verbo máximo de la Revolución Americana: la independencia absoluta, las libertades individuales, incluyendo la religiosa, la República, la división de poderes, la confederación por pactos interprovinciales que salvaguardasen la soberanía de cada una de las provincias pactantes como etapa de tránsito hacia la Constitución federal, en que culminaría la organización conjunta de todo el Río de la Plata con la capital fuera de Buenos Aires, la Provincia Oriental, creada por un congreso representativo, en Abril de 1813, por inspiración de Artigas, como entidad separada pero a la vez como alma inspiradora y vanguardia activa de ese mismo conjunto que integraba, y llamada ya entonces mismo, alguna vez, la Provincia Oriental del Uruguay, tiene por capital virtual a Montevideo. Sólo falta que la ciudad caiga en manos de los patriotas para que esa capitalización que le ha sido atribuida en el papel sea transformada en realidad.

Pero Montevideo es sustraído a Artigas por manejos de inferior política, recibe en 1814, al caer la dominación española, la porteña de que al fin se liberta en 1815, elige luego un gobierno artiguista que actúa bajo la égida liberal del prócer, instalado lejos de ella en su gobierno federal interprovincial de la Purificación, y mientras respira, y sus delegados acaban de planear, en unión con Artigas mismo, un Reglamento para a campaña que lleva el sello de las ideas de éste, y es en sí mismo una revolución social en que "los negros libres, los zambos de igual clase, los indios y los criollos pobres", según sus palabras textuales, son llamados, haciéndolos propietarios de suertes de estancias, a gozar, bajo condiciones de trabajo y de poblamiento, del reparto de las tierras y los ganados de "los malos europeos y peores americanos", "con prevención, que los más infelices serán los más privilegiados", sufre la invasión portuguesa, e hijos timoratos o venales abren sus puertas al usurpador, mientras la campaña, con Artigas, se desangra heroica en una residencia de cuatro años.

Dos chilenos ilustres dejan en tanto preciosas huellas de cultura en Montevideo: don José Miguel Carrera, fundando en ella su "Imprenta Federal", en 1817, y Fray Camilo Henríquez, formulando en 1820 un proyecto de "educación público-literaria" que, de haberse realizado habría anticipado en varios lustros el nacimiento de la Universidad.

La dominación portuguesa y la brasileña se subsiguen. Artigas ha caído en 1820, y no obstante los arrestos patrióticos y la alta doctrina democrática con que los cabildos montevidianos de 1822 y 1823 inician una revolución libertadora, génesis de la cruzada de los Treinta y Tres, que ocurrirá en escenarios muy distantes de la ciudad, en 1825, con impulso heroico que no se detendrá hasta la redención final, sólo en 1829 Montevideo ve salir a las últimas tropas imperiales, herederas de las lusitanas, lo-grada la independencia absoluta del flamante Estado Oriental del Uruguay.

En ella, desde entonces capital efectiva del país, termina sus sesiones la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado, uno de cuyos miembros es fray Solano García, el sacerdote chileno que fuera amigo de Artigas, y en la cual el doctor Jaime Zudáñez, que tiene tanto de prócer chileno como de alto peruano originario, de argentino y de oriental, preside la Comisión de Constitución. Montevideo en delirio jura en 1830 la primera Constitución de la República, cuyo exordio o manifiesto a los pueblos, heimosísimo credo de libertad, es debido a la pluma de doctor Zudáñez.

Después, las luchas fratricidas, que no logran impedir el progreso, y, de 1842 a 1851, Montevideo es sitiada por las fuerzas del tirano Rosas, que quiere asfixiar al puerto rival sin cesar creciente, y que logra hacerlo por largos períodos a favor del extravío funesto del patricio oriental Manuel Oribe, el ex-Presidente caído. Cegado por la ambición de la revancha, éste ha aceptado la condición de jefe de las fuerzas extranjeras que, en una verdadera invasión, cercan, en unión de otras orientales, a la triste capital. La Defensa de Montevideo, sostenida por la sublime virtud ciudadana de don Joaquín Suárez, se prolonga por nueve años, los años llamados de la Guerra Grande, y la duración del sitio y su heroísmo, que la igualan a la Troya homérica, hacen que Alejandro Dumas, desde París, exalte sus glorias en un libro al que tituló "Montevideo, o una nueva Troya". En un párrafo candente, José Enrique Rodó sintetizó a su vez esa misma hazaña, escribiendo: "La Defensa de Montevideo, pensamiento y acción, inteligencia y heroísmo, tribuna gigantesca y baluarte ciclópeo, lengua inspirada de civilización y brazo armado de libertad; la Defensa de Montevideo, lo más grande que se haya realizado en suelo americano a partir del último cañonazo de Ayacucho, aunque entre en cuenta la convulsión suprema del suelo de Méjico para rechazar de sí el imperio de Maximiliano!"

¡Porque dentro de los muros de la ciudad sitiada, refugio de ilustres unitarios argentinos perseguidos por Rosas, Florencio Varela, Miguel Cané, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, José Rivera Indarte, José Mármol, Pedro Somellera, Manuel Luciano Acosta, José María Paz, Bartolomé Mitre, patriciado maduro o juventud ardiente, se editaba una prensa cultísima, se celebraban certámenes literarios, se instalaba el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, se fundaba la Universidad. Garibaldi, el héroe de ambos mundos, realizador futuro de la unidad italiana, luchaba en la Defensa, y Sarmiento, que la visitó, nos dejó pintado ese Montevideo de la Guerra Grande, con sus calles en ángulo recto y en declive, por todos lados, hacia el mar, y sus azoteas con barandas adornadas de flores que, según sus palabras, "hace efecto de jardines".

Después, otra vez la paz, con el triunfo hecho, aunque no pregonado, de la Defensa, otra vez la guerra civil, cien veces la guerra civil, el motín, la revuelta callejera, el tiroteo entre las azoteas y los miradores, y el asesinato político, las dictaduras militares, que llegan hasta dejar que se sepa que existen, para despedazar cuerpos humanos o para la simple tortura moral, tigres que rugen entre las rejas de un cuartel: el terror, la espeanza, pero siempre el progreso.

Dejadme señalar las sostenidas fulguraciones, en medio a esas sombras sin cesar recrudescientes o amenazantes, de ese progreso. Delira la imaginación evocándolas. Recorramos en vértigo las mil series históricas que se abren como letras luminosas para todas las formas superiores de la vida, desde ese lugar privilegiado que con persistencia que revela la solidez de una verdad ha sido llamado la Atenas de América.

Montevideo quiere ser otra vez la ciudad de la libertad, del civismo y de cultura. Eran su alma, su nervio íntimo y su destino, y los encontrará. Desde 1856 tenía ya, con el Teatro Solís, el primer teatro de la época en Sud América. Y un día de ese mismo año había nacido en la ciudad mártir José Batlle y Ordóñez, el hombre que muchos años después, entre 1903 y 1929, había de realizar y aún sobrepasar en mucho todos los ideales que una ilustre generación de próceres civilistas venía proclamando vanamente en todos los tonos. José Batlle y Ordóñez, que encarnará una de las cumbres democráticas de América, alcanzará en ese ciclo histórico, que deberá llevar su nombre, a dar fisonomía definitiva al Uruguay, logrando consumir un ideal heroico de estadista integral con las armas de la paz, del sufragio y de las libertades públicas, creando en el país, con una tenacidad de acero y el ejemplo de su honor ciudadano, lo que pudo llamarse, con Zorrilla de San Martín, el fanatismo de la legalidad, proyectando y aún haciendo carne instituciones — el ejecutivo colegialado y otras más — que evitasen los abusos del poder, instaurando un socialismo de Estado de intensidad creciente y campos diversísimos de aplicación, la defensa del patrimonio nacional contra el capital extranjero iniciada resueltamente mediante bancos y servicios públicos descentralizados de indestructible solidez, cimentando la conciencia laica hasta alcanzar ya, con la reforma constitucional de 1917, la separación de la iglesia y del Estado, promoviendo y haciendo avanzar la legislación obrera y la dignificación social el obrero.

Otro día nace en Montevideo José Enrique Rodó, y otro día Carlos Vaz Ferreira, y otro día Julio Herrera y Reissig, luminares de América.

En los tiempos en que esos prohombres nacían, en 1871, el año de Rodó, Monseñor Crescente Errázuriz, el arzobispo historiador de Chile, visitó Montevideo, y muchos años después la evocaba como "una ciudad de mármol", con su recuerdo deslumbrado todavía por la abundancia de balcones y escalinatas, de terrazas, balaustradas y jambas, de patios y jardines con estatuas y fuentes de blanco Carrara, que las terrosas ciudades del Pacífico no conocían y que eran, en la capital oriental, sello de mil artífices

italianos que habían contribuído a embellecer su luciente candor. Razón tenían, pues, sus moradores al llamarla "la tacita de plata", cifra de pulcritud.

Ya en esa época tuvo un Ateneo, y a su turno otro, y otros más. En momentos diversísimos, tres poetas cumbres de la literatura francesa, Lauréamont, Jules Laforgue y Jules Supervielle, nacieron en Montevideo. Tres poetisas que toda América nombra: María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Juana de Ibarboron. Tres pintores mayores, Juan Manuel Blanes, Pedro Figari y Rafael Barradas.

Diez Facultades universitarias, profesionales y de Humanidades y Ciencias, fueron sobreviviendo en tanto; diez liceos secundarios oficiales y otros tantos privados, innúmeras escuelas, y cien cenáculos y peñas, y su vocación de asilo y de hogar interamericano. Era ya tradicional refugio de emigrados políticos, de argentinos, españoles, italianos y franceses (como en tiempos más recientes lo fué sucesivamente de chilenos y brasileños y aún lo es de republicanos españoles, paraguayos y antifascistas y judíos de todos los países), cuando en 1888 se celebra en Montevideo el Primer Congreso de Derecho Internacional Privado, al cual concurren Argentina, Bolivia, Chile y Perú, y de él resulta la primera codificación de la materia que se logra en el mundo: los tratados de Montevideo de 1889. Años más tarde, la ciudad será, sucesivamente, sede de la Primera Oficina Permanente de Estudiantes Americanos, de la Oficina Postal Americana, del Instituto Panamericano de Protección a la Infancia, del Primer Congreso de la Democracia de América, del Instituto Latinoamericano de Musicología, de la Federación Americana del Magisterio, de la Comisión Interamericana de Defensa Política del Continente, que fué instrumento fuerte de la lucha antifascista de América.

Mientras tanto, Montevideo se ha ido tentacularizando, fabril y febril, avanzando rápidamente, tierra adentro y hacia todas sus costas, a un lado y otro de la Cuchilla Grande, que la vertebraba suavemente con altura sostenida, y ondulando de calle en calle, con sus aceras arboladas y de barrio en barrio, con sus abiertas perspectivas y sus anchos pulmones. Tiempos hubo, en el siglo pasado, en que sólo supo usar la playa casi inexistente de Santa Ana, junto a las rocas del Sur, a la cual los bañistas concurrían con camisas cerradas, gruesas y largas hasta los pies. Los altos miradores de sus casas de una o dos plantas y las quintas de jardín perfumado, opulentos frutales y frondosa arboleda nostálgica eran entonces su orgullo. Hoy bordean las cuatro leguas de su costa marítima, bajo los cielos luminosos y los fuertes vientos salinos, una rambla suntuosa y las largas arenas de diez playas de oro

blanco y declive suavísimo que la han hecho célebre como ciudad balnearia. Y en su centro, las ciencias y las artes, las conferencias, los conciertos, las exposiciones y los carnavales de iluminación deslumbrante, las avenidas y los parques, el tráfico intensísimo de un millón doscientos mil habitantes, el buen gusto de sus viviendas de lujo, el alto standard de sus salarios, de su vivienda, su alimentación y su higiene, en el cual las excepciones dolorosas, todavía graves, son por lo menos una llaga que todos luchamos por extirpar; sus palacios de mármoles y pórfidos, su moderno puerto y sus aeropuertos, todos atiborrados y resoplantes, los rascacielos de catorce, de quince, de veinte, de veinticuatro pisos. El próximo año iniciará la construcción de cinco líneas de transporte subterráneo. Pero entre el bullicio céntrico, la asamblea política o la arena ennegrecida de las playas, la belleza y la gracia de sus mujeres sigue siendo la misma que durante el coloniaje celebraron los viajeros y el invasor inglés, y que realza el verso con que Rubén Darío cantó a la ciudad, diciendo

que en tus mujeres divinas veo,  
flor de ciudades, ciudad de flores;  
maravillosa Montevideo.

La paz eglógica con que nos acercábamos a esta realidad de hoy se vió truncada, hace tres lustros por un negro borrón cívico: el golpe de Estado con que, manchada en el rostro con la sangre de Baltasar Brum, cuyo holocausto sublime tuvo por marco el escenario sencillo de una acera, una luciente tarde de otoño, se iniciaba la dictadura de Gabriel Terra. Fueron menester todos los sufrimientos de un pueblo inocente pero altivo e indomable, el dolor de cien conspiraciones frustradas y la muerte de algunos mártires, para que la rúbrica gigantesca de una columna humana de doscientos mil manifestantes, protesta y reclamo unánimes y supremos, serpenteara gravemente las calles de Montevideo, como un lento río de aguas empujadas y espesas de negros limos fecundantes, para sellar la declaración viviente de nuestros derechos con la firme exigencia de Nueva Constitución y Leyes democráticas y aventara los residuos de la opresión, preparando el discurrir tranquilo de dos gobiernos de recuperación cívica y social y el advenimiento del actual, en el que la tutela de todas las libertades y el impulso reencontrado hacia la paz y la justicia continúan afianzados y siguen siendo un orgullo para América.

Santiago de Chile, Enero 20 de 1949

**Eugenio Petit Muñoz**